

BOLETIN de CULTURA

BIBLIOTECA CRICULANTE DE LA SECRETARIA GENERAL
COMISARIA GENERAL DEL CUERPO DE SEGURIDAD (GRUPO CIVIL)

MADRID

AÑO I

1 de JUNIO de 1938

NÚM. 2

1-1000

¿Quién no guarda en el fondo del agradecimiento el recuerdo de un libro, de ese libro que en los años de juventud, marcó un trazo en el devenir de nuestro carácter? Muchos libros nos fueron formando lentamente, a veces, sin sentir su influencia, pero hay uno, entre todos amigos y queridos, que es y será a través de la vida, el buen compañero al alcance de la mano y de la necesidad del espíritu. Miradlo, es ese que cabe en el bolsillo; el que cogemos por las noches al acostarnos para leer un párrafo, uno solo cada vez, ¡le conocemos tan bien!; es ese que bajo el brazo nos acompaña en los paseos y del que, sentados bajo un árbol, apenas leemos algunas líneas, ¡le sabemos de memoria!

¿Cómo se llama?, ¡podría decir tantos títulos! : para muchos es el Quijote o la Biblia; esos otros pequeños que aparecen como olvidados en el bolsillo, quizás sean las «Máximas» de Marco Aurelio o la «Imitación» de Kempis; tal vez el libro que tantos paseos dá bajo el brazo, sea el «Emilio» de Rousseau, o las «Rimas» de Becquer. ¿Quién sabel, cada cual tiene el suyo...

y al que no, al que tiene vacío ese lugar del libro de siempre, le falta un amigo, le faltan las páginas en que recostar todas las noches el cansancio del día.

BIOGRAFÍAS BREVES

ABEN-AMAR

En 1032 y en Huelva (no en Silves como erróneamente aseguran algunos autores) nació, de padres árabes, de humilde y oscuro origen, el gran poeta Aben-Amar que andando el tiempo y debido a su excepcional talento, había de llegar a ser el primer personaje político de la espléndida corte sevillana del rey de Taifa, Motamid.

Aben-Amar, espíritu inquieto y aventurero recorrió España con sus composiciones que fueron adquiriendo fama por lo inspiradas y perfectas, ganándose así el sustento, llegó a Córdoba, en cuya mezquita escuchó lecciones de literatura prosiguiendo después su deambular por la España árabe, siempre desarraigado, siempre cabalgando su fantasía. Debido, sin duda a su pobreza y a los desengaños y adversidades sufridas, Aben-Amar, muy joven aún, era excéptico, prematuramente desengañado. Probablemente se conocieron él y Motamid en el cerco y toma de Huelva por las tropas de éste, y muy pronto, según todos los autores árabes, intimaron de tal forma que eran inseparables. Existían entre el poeta y el rey afinidad de aficciones: ambos gustaban los buenos versos, y a los dos les atraía, cuando el almuezin, desde el alminar de la mezquita llamaba a los fieles a la oración postrera del día, perderse sonámbulos, por el dédalo de callejuelas sevillanas, en esas horas en que flotaba un extraño perfume de sensualidad. A veces inundado de misantropía, paseaba por las orillas del Guadalquivir, viendo como la brisa rizaba la superficie tersa del río, y si llegaba, orilla abajo hasta la «Pradera del Plata» veía como las hembras nubiles, pasaban y paseaban envueltas en sus túnicas, esbeltas y flexibles como ramas de sauce.

Por influencia de Aben-Amar, la corte sevillana llegó a ser el punto de cita de los mejores poetas de la época, que acudían a ella atraídos por el poeta astro, que poseía además de una inspiración y un temperamento exquisito, singulares y excepcionales dotes para improvisar. Es fama que un día que llegó en su vida ambulatoria a la ciudad de Silves, sin tener ni una moneda con que procurarse comida, escribió una oda a un rico negociante de la ciudad, el que, en pago, le envió un saco de cebada «para su escualida cabalgadura». Cuando fué nombrado por Motamid gobernador de Silves, se apresuró a enviar al rico negociante un saco lleno de monedas de plata, con una carta en la que le decía: «este saco es el mismo que tu me regalaste lleno de cebada; si me le hubieras enviado lleno de trigo, hoy te le devolvería lleno de oro». No vivió el poeta mucho tiempo en Silves, pues Motamid lo llamó a su corte y le nombró primer ministro.

El rey Alfonso VI amenazaba invadir con sus tropas el reino de Sevilla y Aben-Amar, que conocía al monarca cristiano, mandó hacer un juego de ajedrez de ébano

amarillentas del autor inglés, se han hecho más vivas y se han comprendido mejor en todos los rincones del mundo, transportadas por el lenguaje universal de las sombras y el sonido.

Si nos fijamos aunque sólo sea muy ligeros en algunas creaciones de la literatura universal llevadas al celuloide, comtemplamos impresionados la sinfonía artística de «Crimen y Castigo» de Dostoyevski, de cuya obra hicieron Marian Marsan y Peter Lorre un maravilloso conjunto de humanidad y Sternberg una joya del cine y sentimos otra emoción dolorosa y sublime de arte al ver «Resurrección» de Tolstoi, con Ana Sten; o pasamos a la fantasía desbordada de los cuentos orientales con «Chu-Chin-Chov» dirigida por Walter Forde, o la comedia de Shakespeare «El sueño de una noche de verano» también realizada con una inspiración fantástica por Max Reinhardt.

También logran dominarnos, los accidentes y episodios de las grandes novelas de aventuras. Hemos visto una gran colección desde «Miguel Strogoff» en aquella versión muda de la novela de Julio Verne a «La Isla del Tesoro» de Stevenson, o «El Capitán Blood» de la obra Sabatini y a ese prodigio cinematográfico de «Rebelión a bordo», esplendor de ambiente y de imágenes.

En España, donde nos encontramos aun, a pesar de los años, con las primeras inquietudes de las obras nuevas, también creamos un trozo de arte y conseguimos una bella película con «La Traviesa Molinera», adaptada de una obra de Alarcón.

En resumen, podemos decir que el buen cine se halla dotado de tales elementos para hacer arte, que algunas de sus grandes obras, inspiradas en el genio de los literatos de cualquier época y nacionalidad, nos han atraído el mismo entusiasmo y emoción que sus páginas, escritas ignorando el prodigioso destino de la vida y realidad a que habían de llegar en nuestros días.

Sigue abierto ante nosotros el inmenso porvenir del cine, con variedad de tonos, combinaciones y estilos y este tema de la representación literaria es uno más en el camino artístico de este ideal espectáculo de masas.

APL.

Trabajo y Poesía

*Mi casa y mi sementera
mi yunta pa la labor;
el trigo, trillao en la era
y consumío a la calor
de una mujer que me quiere*

En la tarde serena y llena de los pequeños ruidos que son la sonoridad del campo en reposo, la copla lanzada al espacio con ansias de volar muy lejos y adentrarse en el sentir de todos, me produjo un escalofrío de emoción. No sentí la música de su estilo (que también la forma del decir de los cantos camperos tiene su ritmo) armonía que no pasan desapercibidos para el que sabe escuchar, ni me dejé influenciár por el ambiente, lleno de luz y color de la tarde en la tierra donde la atmósfera es de cristal y el cielo más azul. Nada de esto sentí, sino el espíritu de la copla, que es anhelo de hogar tranquilo; ansias de pan logrado por el trabajo, modo más digno que puede emplearse para tener derecho de pensar que subsistimos por nosotros mismos; y después, reconocimiento pleno de la necesidad en que nos hallamos de compartir aquel pan con alguien que sea como un bálsamo a tantos sudores y fatigas. «Consumío a la calor...», dice la copla, y condensa en esto el apoyo mutuo y constante que se prestan dos existencias fundidas por el querer en una sola...

Copla, cuyo espíritu son los pilares sobre los que debe asentarse toda existencia racional y humana; trabajo y poesía; que en definitiva las dos cosas son esta última, pues siendo poesía todo lo bello, grande es la belleza y valor espiritual de una labor realizada de una manera continua y fructifera y que redunde en beneficio de un todo del que somos parte integrante en una pequeñísima proporción...

J. M. C. S.

no y sándalo, con incrustaciones de oro y marfil. Provisto de este extraño ajedrez se presentó en el campamento de Alfonso VI, que le recibió honoríficamente. Aben-Amar enseñó al rey el ajedrez, preguntándole éste que tal jugaba. Bastante bien, respondió Aben-Amar. ¿Quieres que juguemos?, le dijo Alfonso. Con mucho gusto, contestó el árabe; pero con una condición: Si ganas tú, el ajedrez será para tí; pero si pierdes, yo podré exigirte lo que quiera.

Convenido, trajeron el ajedrez, y el rey, al verle, quedó estupefacto, y santiguándose dijo: «Gran Dios; nunca creí que pudiera construirse un ajedrez con tal arte».

Alfonso VI y Aben-Amar jugaron y como perdió el rey, Aben-Amar, según lo convenido, exigió que las tropas cristianas de Alfonso volvieran a sus estados. Con ello, y por esta vez, Aben-Amar conjuró el peligro de invasión que se cernía sobre el reino Taifa de Sevilla.

Creyendo Motamid que Aben-Amar le había engañado, por algunos hechos acaecidos en la conquista de Murcia, lo mandó preder y encarcelar, pues los enemigos del poeta hicieron ver a Motamid que aquel no le era fiel. Tales insidias, quebraron la amistad hasta entonces fraterna del rey y el poeta. Aben-Amar consiguió huir y refugiarse en Zaragoza, donde reinaba Moadiz, que le acogió con afecto. Pero acostumbrado a las fastuosidades de la corte de Sevilla, halló la de Zaragoza sin brillo, desagradable en extremo. El tedio, ese mal horrible, se apoderó de él extendiéndose cual nube negra sobre su presentey sobre su porvenir . . .

Después de varios años en los que arrastró una amaega existencia, Aben-Amar cayó en una celada prisionero de Motamid. Conducido a Sevilla fué encerrado en una oscura mazmorra, desde la que dirigía cartas en verso al rey solicitando su gracia. Motamid parecía dispuesto a perdonar, pero los enemigos del poeta caído, y muy especialmente el intrigante Abu-Becr-Aben-Zaidun consiguieron que no llegara el perdón anhelado, y si por el contrario tantas cosas inventadas contaron a Motamid, tales monstruosidades, que el rey un día, provisto de un hacha bajó a la mazmorra, Aben-Amar, arrastrando sus cadenas, avanzó hasta el monarca, que blandiendo el hacha diferentes veces le dejó muerto no cesando en sus golpes hasta que el cadaver quedó frío.

Tal fué el trágico fin de este gran poeta hispano árabe, fin que causó vivísima impresión en todo el reino taifa de sevilla.

A. M. O.

CINE Y LITERATURA

El cine no tiene límites artísticos: en su desarrollo ha pasado por las más variadas etapas.

Sin haber previsto su evolución rápida y fundamental; cuando creíamos haber encontrado en las listas de los grandes estudios de la época muda algunas obras que tocaban las alturas de la perfección y las considerábamos el cine puro con toda la riqueza de expresión posible para este nuevo arte, brotó un maravilloso elemento expresivo y brillaron en las pantallas las imágenes que hablaban, cantaban; violines que imprimieron una nueva inquietud por el lienzo animado. Capacitado ya para representar todas las manifestaciones de la vida humana, con una fuerza realista desconocida hasta entonces, el cine giró a todos los puntos, y tomó formas distintas y aumentó sus posibilidades creadoras.

Consecuencia de esta variedad infinita, es haber llegado a un arte moldeable para todas las orientaciones y estilos.

Podemos exigir en el cine un instinto cultivado y seleccionador como en los libros y no sin una razón fuerte de relación o semejanza; porque si es arte del movimiento, de la luz y el color, de la expresión animada, de la representación más real de las cosas, puede traernos a los ojos las sensaciones espirituales de la literatura empleando su técnica única, que enlaza nuestros frágiles hilos del sentimiento con las escenas proyectadas. Y no ha de conseguirlo precisamente por la sucesión episódica de las obras, ni por la adaptación literal de todas sus partes, tengan o no motivos de expresión sino por el espíritu, el conjunto psicológico, la emoción, el propio sentido de la belleza que tenga el libro; es decir, por una colección de «células de arte» que despierten la sensibilidad estética, aun de una forma subconsciente cuando no está cultivada.

Al ver no hace mucho tiempo la bella realización de «David Copperfield» e «Historia de dos ciudades» en el cine americano, que no es precisamente uno de los más puros en realismo, nos hemos trasladado al ambiente de la Inglaterra tradicional de los libros de Dickens; a las costumbres de sus hogares y sus gentes. Es tal la fuerza expresiva del cine, que esas estampas, al salir de las páginas

Fiesta.-

Las fiestas de Picasent
son de las fiestas sonadas.
por la mañana temprano
se reventaron las tracas,
y al encerrar los becerros,
los torillos y las vacas
en un corral de gallinas
que está detras de la plaza,
hubo carreras y sustos;
y después tocó la banda
unos pasodobles de esos
que hasta las piedras levantan.

Arde el pueblo en impaciencia.
En racimos por las tapias,
los chavales con sus picas
azuzan toros y vacas.

Hay toros en Picasent,
y el cuadrado de la plaza,
encierra un sol todo fuego
entre barreras de tablas.

-«¿Dónde vas, María Teresa
con esa cara de pascua
y el mantoncillo de flecos
abrazado a tus espaldas?»

-«Voy: voy a ver la corrida;
a ver revolver las capas,
a que me digan requiebros,
y a llevarme las miradas
encendidas de deseos
en el borde de la falda.»

-«Si tu quisieras mujer,
yo solo te requiebrara.
Si tu quisieras, mujer,
nadie te diría nada.»

-«Hay dos fuegos encendidos
de sol y lumbre en tu cara,
y la risa de tu boca,
fuente de luz, es tan clara,

que suena a repique fino
de campanillas de plata.»

-«¿Dime, mujer, qué te pasa?»

¿Dime, María Teresú,
qué miras con esas ansias
que se te vuelan los ojos
y se te oscurece el alma?»

-«Miro: miro a un torerillo
que tras la capa morada
pone su cuerpo menudo
a los cuernos de una vaca.
Quizás no tenga quince años,
quizás no llegue a las astas,
pero él ha de torear,
porque el hambre no se aguanta,
y después de las vaquillas,
vienen los toros: la fama.
Miro: miro ... »

Un grito agudo,
ha roto el sol de la plaza.

Hubo fiesta en Picasent:
música, toros y tracas,
baile, vino, gritos, sol,
estrellas, mujeres guapas,
y porque hubiese de todo
corrió sangre colorada.

-«No fué mucho chavalillo
una vez más que te salvas;
los cuernos eran muy grandes
y tu figura muy flaca.»

¿Estas contento? Vinieron
unas señoritas guapas
a cuidarte y a traerte
comida, dinero, y hasta
una te dió su pañuelo
con iniciales bordadas.
guárdalo bien que ha enjugado,
lágrimas por tu cornada.»

AHSMAPL.

Un viaje al Extremo Oriente. 2.- por L. M.

A las dos de la tarde otra llamada análoga anunciaba la hora del refresco.

El buque iba provisto de una sala de deportes con toda clase de aparatos de gimnasia, además de una cubierta para jugar al tennis y piscina de natación donde la gente joven disfrutaba de lo lindo.

También llevaba una buena biblioteca con obras en varios idiomas, sala de fumar, de música, sin que faltase la de poker, bridge y ajedrez.

A las treinta horas de nuestra salida de Barcelona, dimos vista al magnífico puerto de Génova, en el golfo de su nombre, en forma de anfiteatro, en la falda de una montaña que le pone a cubierto de los vientos norte. Su puerto tiene la forma de una media luna. Génova es una gran ciudad en la que predominan las obras de arte con edificios notables como la Universidad, Academias, Escuelas una Biblioteca con más de 60.000 volúmenes y mil manuscritos.

Después de permanecer en Génova algunas horas y ultimadas las faenas de carga y descarga nos hicimos a la mar en dirección a Malta.

Con buen tiempo y mar tranquila arribamos a Malta, al sur de Sicilia. Carlos V la cedió a los caballeros de San Juan, después de la pérdida de la isla de Rodas y estos la fortificaron de tal manera que llegó a ser el terror de los musulmanes. Desde 1814 pertenece a la Gran Bretaña.

Nuestra tercera escala era Portsaid, primer puerto Oriental de nuestro viaje y de los más cosmopolitas del mundo. Apenas desembarcamos un árabe se empeñó en que nos retratásemos a lomos de un pobre camello. Allí vimos buques mercantes de casi todos los principales países. En este puerto oímos hablar bastantes idiomas de Occidente y Oriente, pero principalmente el francés, inglés, italiano, turco y diversos dialectos árabes. Los hoteles cafés y restaurantes eran verdaderamente típicos.